

FLORES DE BACH

Dr. Mariano José Bueno Cortés

BIOSALUD- INSTITUTO DE MEDICINA BIOLÓGICA Y ANTIENVEJECIMIENTO

INTRODUCCION.

Las flores de Bach son 38 infusiones naturales extraídas de flores silvestres, recogidas en la región de Gales (Gran Bretaña), cuyas propiedades curativas se descubrieron por el eminente médico galés Edward Bach, de 1926 a 1934.

La novedad y su utilidad fundamental es que actúan a nivel del estado emocional del individuo, e incluso de los animales, al igual que sobre las propiedades vitales de las plantas. La base establecida por el Dr. Bach es que todas las enfermedades son el resultado entre otras cosas de un desequilibrio emocional, que una vez establecido y por la interrelación entre mente y cuerpo, provoca una serie de síntomas físicos de todo tipo.

Dada esta premisa fundamental el Terapeuta Floral, individualiza el trastorno emocional que ocasiona los síntomas físicos y reconocido como causa de las dolencias del paciente, lo corrige seleccionando la o las flores que equilibren dicho trastorno, teniendo como resultado la eliminación (con frecuencia) de la enfermedad.

La terapia floral ha sido encuadrada desde sus inicios como dentro de lo que se denominan Medicinas Alternativas, pero que incluso son recomendadas desde el año 1976 por parte de la O.M.S. (Organización Mundial de la Salud).

HISTORIA.

Realmente es imposible el hablar de la historia de la Terapia Floral de Bach sin hacer un breve repaso de la vida de este prestigioso doctor.

El Dr. Edward Bach nació el 24 de Septiembre de 1886, en Moseley, un pueblo a las afueras de Birmingham, en Warwickshire, Inglaterra. A lo largo de su infancia mostró un gran interés por la naturaleza y por las enfermedades. Estaba disponible para y por todo. Atento y preocupado por el prójimo.

Como persona ávida de conocer todo lo que acontecía a su alrededor, decide a los 16 años, al terminar la escuela y antes de iniciar los estudios de medicina, trabajar en la fundición de latón que tenía su padre. Una vez en contacto con los obreros, observó lo nefasto que para un trabajador significaba caer enfermo, ya que por un lado la enfermedad le hacía perder su puesto de trabajo y por otro tenía que gastarse el dinero que ya no ganaba en el médico. De este modo, y tras 3 años de estancia en la fundición, con el fin más altruista de poder ayudar a los enfermos, a los 20 años decide definitivamente estudiar Medicina, en la Facultad de Birmingham. En 1912 y tras una estancia en el Hospital Escuela de la Universidad, termina sus estudios, que completó en 1914 en Cambridge con una Diplomatura en Salud Pública.

Una vez terminada su formación, como era costumbre, se estableció en su consulta privada en Harley Street en 1915. Se encontró con la misma situación con la que nos hemos encontrado la multitud de médicos que nos dedicamos en el mundo a la Medicina Biológica. Cada vez se fue desencantando más de los tratamientos convencionales. Empezó a investigar que es lo que fallaba, y dedujo que todo el problema era del sistema inmunitario. Le llamaban la atención especialmente las enfermedades crónicas, ya que le costaba aceptar que una enfermedad no tuviera cura. Todo ello, despertó su interés por la Inmunología, trabajando como bacteriólogo ayudante en el Hospital Escuela de la Universidad, pensando encontrar allí la respuesta a sus innumerables dudas.

Durante este tiempo empezó a establecer una clara relación entre las enfermedades crónicas y la toxicidad intestinal. Observó cómo determinados gérmenes muy comunes en todas las personas, se encontraban en mayor cantidad en los casos de enfermedades crónicas. Hasta tal punto llegó su convencimiento que preparó una vacuna a partir de dichos gérmenes.

La vacuna cosechó uno de sus primeros éxitos terapéuticos. Pero no se quedó satisfecho con ello. Quería evitar tener que pinchar al paciente ya que pensaba que una auténtica terapia debía reposar en la comodidad y suavidad, sin reacciones de ningún tipo. Comenzó a observar que estos casos en los que remitía la sintomatología crónica, al pasar el efecto de la vacuna, con la segunda la respuesta era mejor, de manera que a veces, con una aplicación anual era suficiente para que el paciente se encontrara perfectamente.

Llegó la Primera Guerra Mundial y dado que la salud del Dr. Bach no era muy buena, se eximió del servicio de armas, pero se ocupó de 400 camas en el Hospital de la Universidad y como ayudante clínico de bacteriología.

En 1917 fue diagnosticado de una enfermedad incurable y se le dieron tres meses de vida. Inquieto por poder terminar sus investigaciones y dejar constancia de las mismas para beneficio de la Humanidad, se dio el alta voluntaria y se enclaustró en su laboratorio. Se recuperó totalmente de la enfermedad y esto le hizo plantearse la gran importancia del estado emocional del enfermo para poder curarse.

Al fin terminó sus estudios bacteriológicos y los publicó en las actas de la Real Sociedad de Medicina. Dada su precariedad económica se vio obligado a aceptar un puesto de bacteriólogo en el Hospital Homeopático de Londres, conociendo muy de cerca la obra de Hahnemann, padre de la Homeopatía. Con gran sorpresa ve como este otro insigne médico, cien años antes que él, ya había establecido una relación entre la enfermedad crónica y la toxemia intestinal, reseñando la importancia que había en curar el enfermo, no a la enfermedad, guiándose de los síntomas mentales del paciente para indicar el medicamento homeopático, no dando tanta importancia a las dolencias físicas.

Fruto de los conocimientos adquiridos, resuelve preparar la vacuna para vía oral, desechando definitivamente la aguja hipodérmica. Es lo que Hahnemann denominó nosodes. Finalmente, creó siete vacunas diferentes que hoy en día se conocen como "Los Siete Nosodes de Bach", provenientes de siete tipos de bacterias que Bach aisló en el intestino de enfermos crónicos.

En 1924, presentó un trabajo en el Congreso Homeopático Británico titulado: "Toxemia intestinal y su relación con el cáncer". Este evento dio fama internacional a su sistema y comenzaron a utilizarlo numerosos médicos británicos, alemanes y americanos.

Con el uso, se fue dando cuenta de dos cosas:

- Que sus vacunas no curaban todas las enfermedades crónicas.
- Que cada germen se podía asociar a unas características constantes de tipo emocional en las enfermos, independientemente de la enfermedad que tuvieran.

No completamente satisfecho con sus tratamientos y siempre con el afán de curar más, comenzó a buscar en la naturaleza remedios efectivos. En el trascurso de sus investigaciones, en 1929 publicó en la Revista Homeopática Británica un trabajo en el que decía:

“La ciencia tiende a mostrar que la vida es armonía, un estado del ser en ritmo, y que la enfermedad es discordancia, o sea, cuando una parte del tono no vibra al unísono estamos haciendo el esfuerzo para reemplazar el nosode de la bacteria por las plantas y ya hemos encontrado algunas similares, por ejemplo el ornitogalum, tiene vibraciones casi idénticas con las bacterias del grupo de Morgan, y hemos descubierto un alga que tiene casi todas las propiedades del grupo disentérico, pero todavía falta una cosa, un punto que nos tiene en jaque en el esfuerzo de evitar el uso de los nosodes. Este punto vital es la polaridad, Los remedios de los prados y la naturaleza, cuando se potencian, son de polaridad positiva, mientras que aquellos que han sido asociados a la enfermedad son del tipo opuesto y hasta el presente parece que la polaridad negativa es esencial en el resultado que se obtiene con los nosodes. Es posible que en el futuro se encuentre una nueva forma de potenciar”.

Ya en aquél momento podemos ver como Bach comenzaba a establecer los primeros pilares de lo que hoy podemos llamar Biorresonancia, de la cual hablamos en otro apartado.

Durante todo este tiempo, Bach investigaba, ejercía en su consulta privada de Harley Street donde tenía un alto nivel de ingresos, tenía un prestigio muy reconocido tanto por sus colegas alópatas como por los homeópatas británicos y extranjeros y, de repente, en 1930, ante el asombro de todos, cierra el laboratorio, cierra la consulta, quema todos sus trabajos y se traslada a Gales, la tierra de sus mayores para dedicarse por entero a estudiar las plantas sobre el terreno, en búsqueda de esos remedios que le proporcionarían los resultados que desde tanto tiempo anhelaba.

Desde entonces, hasta 1934, pasó el tiempo recorriendo los campos y estudiando las plantas. Incluso desarrolló tal sensibilidad que poco a poco llegó a tener la capacidad de sentir las vibraciones de cada planta y conocer sus indicaciones. No tenía la necesidad de analizar los componentes de cada planta. Con su sensibilidad sabía a qué niveles actuaba.

En sus prolongadas observaciones, se dio cuenta de que era más pura a nivel vibracional la flor que el resto de la planta. Dedujo que eran más activas las flores expuestas en zonas soleadas, el sol potenciaba sus poderes curativos. Incluso fijándose en las flores que tenían gotas de rocío, pensó que este posiblemente participaba de la energía de las mismas y por tanto de sus propiedades medicinales.

De este modo, para elaborar sus preparados medicinales, se cortan los capullos de la flor elegida, buscando las de floración más perfecta, se colocan en un recipiente de vidrio lleno de agua recogida en un arroyo próximo, se dejan en el campo, en el mismo lugar de la recolección, durante algunas horas, para ser potenciados por los rayos solares.

En base a todos sus estudios, Bach decía:

“La enfermedad es una suerte de consolidación de una actitud mental y sólo es necesario tratar tal actitud mental y la enfermedad desaparecerá”.

“La enfermedad física siendo meramente el resultado de una desorganización de la función cerebral causada por el sufrimiento, el shock, la tensión, el miedo, etc., no es más que un síntoma en sí mismo. La cura se obtendrá a través de la remoción de la causa. Los remedios usados en la medicina tradicional aliviaban los síntomas físicos de la enfermedad, pero no la causa subyacente, el estado mental. Tratar la personalidad del paciente y no la enfermedad fue el principio del nuevo sistema de medicina”.

Entre los años 1930 y 1934, el Dr. Bach descubrió sus treinta y ocho remedios florales. Dos años después, comienza a encontrarse débil y les dice a sus ayudantes:

“ Mi tarea está cumplida, mi misión en este mundo está terminada”.

Poco tiempo después, el 27 de noviembre de 1936, mientras dormía, murió en su casa de Mount Vernon, Sotwell, Gran Bretaña.

Desde entonces, sigue funcionando allí el Centro Bach, desde donde se dirigen los cursos realizados en todo el mundo y, donde se preparan los remedios florales fieles a la tradición del Dr. Bach.

Hoy en día, incluso los remedios florales del Dr. Bach figuran entre los sistemas médicos reconocidos y recomendados por la Organización Mundial de la Salud.